

FRACASO DEL PACTO ISLAMICO Y NUEVA ESTRUCTURACION DEL PROXIMO ORIENTE

La proyectada y anunciada Cuarta Conferencia Cumbre Arabe, que comenzará en Argel el 5 de septiembre, se cree destinada a constituir una de las fechas más esenciales respecto a toda la evolución actual de los países de idioma y mentalidad árabigas; pero, además, su importancia se acrecienta por coincidir con unos momentos en que se encuentran en trance de revisión los mayores problemas del Próximo Oriente u Oriente Medio. Entre tanto, uno de los más ruidosos entre dichos problemas (o sea el del proyecto del titulado «Pacto Islámico»), parece haberse desplomado bruscamente, después de un retroceso al cual se ha visto obligado el primero de sus iniciadores. Y todo indica que sean cuales fueren los desarrollos futuros ha pasado la hora de los pactos amañados, para ir siendo sustituido por el predominio de los sistemas de las masas comunales.

Sabido es que el Pacto Islámico (en árabe *al jilf al islami*) fue proyectado y explicado por el Shah de Persia, Mohammed Rheza, el 20 de diciembre de 1965, durante una visita oficial que hizo a Teherán el Rey Faysal de Arabia Saudita. Entonces no comenzó por llamarse Pacto Islámico, pero se dijo que al final de la primavera de 1966 podría celebrarse en La Meca un Congreso preparatorio durante el cual se estudiaran los modos de establecer el referido pacto, como una especie de alianza de Estados y regímenes que se suponían ser o poder ser más o menos «conservadores». Tanto el monarca iranio como el saudita contaban, en primer lugar, con ganarse el concurso de los reyes y príncipes que siguen a la cabeza de países árabes independientes, así como a los principillos y jeques bajo protectorados, y a varios pretendientes a tronos perdidos, como el ex Iman Badr del Yemen. Al lado del principio dinástico también contaban con el petrolífero, pues creyendo

que obtendrían apoyos anglosajones pensaban que la federación de «islámicos» oficiales podría permitir una reagrupación global de todos ellos con los intereses petrolíferos extranjeros, agrupando así todos los grandes sectores adinerados de las regiones árabes.

El hecho de que los sectores políticos y de prensa ingleses más nostálgicos del antiguo colonialismo acogiesen con entusiasmo el proyecto de Teherán fue contraproducente para sus iniciadores. Desde Londres se apuntó la posibilidad de que el nuevo Pacto permitiese un ensanchamiento de la endeble y casi apagada CENTO, agregándole varios países árabes. Además se decía que el nuevo bloque de Estados (con toda la península de Arabia incluida) formaría una especie de cinturón de seguridad en torno al nuevo núcleo aeronaual que Gran Bretaña piensa establecer en el Golfo Pérsico, después de trasladar allí la gran base de Aden. Pero como todos estos dispositivos estratégicos venidos desde fuera carecían de «slogans» locales, los gobernantes de Teherán y Riyad trataron de difundir la frase de «Santa alianza musulmana contra la expansión del socialismo árabe».

Desde el comienzo de marzo hasta el final de abril, el Rey Faysal se encargó de entablar algunos de los principales contactos, que debían plantear la preparación del proyecto conjunto entre él y el Shah. La primera gestión fue la visita oficial hecha por el Rey Faysal al Rey Hussein de Jordania (durante la primera decena de mayo). La visita culminó con la cena en el palacio Basman, durante la cual Hussein dijo lo siguiente: «Aparece como uno de los deberes más verdaderos el tratar siempre de afianzar los vínculos de fraternidad musulmana entre nuestro mundo árabe y los Estados musulmanes hermanos dentro del marco de nuestro legado espiritual, y no con el propósito de formar bloques políticos ni pactos internacionales, sino con el solo afán de servir a Dios y a la limpia causa que une a los musulmanes, con objeto de unificar sus fines por su propio bien y su fortalecimiento en nuestra lucha contra el sionismo y el colonialismo».

Del 6 al 13 de marzo, Faysal visitó el Sudán para pedir una clara adhesión de los gobernantes sudaneses, entre los cuales predominaban los de ciertos sectores duramente tradicionalistas (como los de las grandes cofradías y hasta los grupos de «Juan al Muslimín»). Pero en Jartún la multitud se manifestó ruidosamente contra el soberano visitante y hubo que anular su proyectada visita al Parlamento. El 14 del mismo mes, durante una reunión de jefes de Gobiernos árabes celebrada en El Cairo, el plan del pacto islámico fue dado de lado por el presidente del Consejo de Jordania, Wasfi el Tell, y enérgi-

FRACASO DEL PACTO ISLÁMICO Y NUEVA ESTRUCTURACIÓN DEL PRÓXIMO ORIENTE

camente rechazado tanto por el del Sudán, Ahmed Mahgub, como por el del Iraq, Abderrahmán Al Bazzaz. Otra condena del mismo pacto fue hecha el 2 de mayo por el Jefe del Estado sirio, Dr. Nureddin el Attasi, el cual lo calificó de «complot ultrarreaccionario». Y en el Líbano, el primer ministro, Abdullah Yafi, dijo que tal pacto tendía a destruir la República libanesa, por la cual tanto los cristianos como los musulmanes del país están dispuestos a derramar toda su sangre.

Fuera del cuadro de los Estados de lengua árabe, que son en su mitad o su mayoría musulmanes, la mayor gestión de Faysal fue en abril con su visita al Presidente Ayub Jan, del Pakistán; pero éste se negó a hacer la menor alusión a ningún pacto en el texto del comunicado conjunto dado en Rawalpindi y Riyad el día 25. En realidad, una semana antes, las Embajadas pakistaníes en los Estados árabes difundieron una nota manifestando que Pakistán sólo tomaría parte en cualquier Congreso u Organización mundial del Islam si previamente tenía la seguridad de que asistirían todos los países interesados.

Las negativas y las resistencias a que la titulada federación islámica tuviese la forma de una agrupación de Estados hicieron que el Shah y el Rey saudita cambiasen su enunciación. Entre el mismo abril y todo mayo se decía que la labor mundial sería reunir en La Meca un titulado Consejo Central de un posterior Congreso Mundial Musulmán; es decir, dos Conferencias sucesivas de representantes de Jefes de Estados que estudiaran el modo de iniciar la proyectada alianza, aunque fuese por etapas. Faysal añadió que las reuniones previas de La Meca serían para nombrar una «junta técnica de personas calificadas» para ver el modo de ir haciendo cualquier clase de unificación.

Esta forma de agrupación confusa, que trataba de encubrir las alianzas políticas detrás de las solidaridades religiosas, provocó otras protestas del que pudiera llamarse «clero» musulmán. El Chej Hassan Mamún, Rector de la gran mezquita seminario Al Azhar, lanzó un llamamiento a los musulmanes del mundo entero recordando que su religión ha predicado siempre la igualdad y la caridad social entre los fieles, siendo, por tanto, opuesta a dejarse imponer reglas por medio de sistemas autoritarios despóticos. (Así es, de hecho, el régimen del Irán, donde el Shah reprime las actividades del sacerdocio de los mol-lah locales.)

A la vez, otro motivo de rechazar la creación política de cualquier bloque titulado «islámico» es que en los países del próximo Oriente y sus prolongaciones los musulmanes cooperan con sus compatriotas de otras religiones

y no toleran que se quieran establecer divisiones desde fuera. Así, en la República de la India, al final de abril, el ministro de Asuntos Exteriores, Swran Singh, no sólo dijo que el «Pacto Islámico» era algo enemigo del progreso y que por eso la India se oponía a él rotundamente, sino que al hablar así contaba con la adhesión de los portavoces de los musulmanes indios, que suman cuarenta y siete millones. En cuanto al Líbano, Egipto e incluso Siria, sus Jefes de Estado han proclamado que musulmanes y cristianos seguirán siempre actuando y cooperando juntos.

Aparte de los campos más o menos islámicos, el mes de mayo y la primera mitad de junio señalaron en el orden político-social una aceleración de las inquietudes nacionalistas y de los procesos revolucionarios en los países y los pueblos árabes que viven bajo presiones autoritarias interiores o extranjeras. Al comienzo de mayo se supo que el pro-británico sultán de Mascate, Said Ben Teynur, fue muerto a tiros por unos soldados partidarios del titulado «Frente de Liberación de Omán». Dentro de la misma Arabia Saudita comenzaron a circular impresos clandestinos firmados por un titulado «Grupo de liberación de las Tierras Santas Musulmanas», el cual pide la implantación de un socialismo igualitario, siguiendo las normas del Corán, así como derechos de representación parlamentaria para el pueblo y fin de la intervención militar en el Yemen. Después la policía saudita hizo sesenta detenciones entre dirigentes obreros de las explotaciones petrolíferas. Y respecto al Irán, desde París (y bajo la presidencia del escritor francés Jean Paul Sartre) actuaba un titulado «Comité de Defensa de los prisioneros políticos iraníes», pidiendo que los procesos fuesen públicos y no a puerta cerrada.

Viendo que ni los gobiernos ni los pueblos orientales se muestran propicios a dar los primeros pasos para ir articulando los planes islámicos de los soberanos de Teherán y Riyad, éstos volvieron a pensar que lo más práctico y factible era limitarse a rehacer el Pacto de Bagdad sobre una escala más amplia. Considerando además que en Oriente Medio los mayores intereses anglosajones son los de las compañías petrolíferas, creyeron posible hacer un solo conglomerado con la defensa de esos intereses, la de las bases aeronavales inglesas y las de los regímenes semi-absolutistas orientales. Así el Shah y el Rey Faysal combinaron dos recorridos de gestión directa, el primero hasta Marruecos y el segundo a los Estados Unidos.

El origen de la visita del Rey Faysal al Presidente Johnson no tenía ninguna relación con las intrigas y los pleitos próximo-orientales, pues respondía

a una invitación que había recibido de la Casa Blanca desde su acceso al trono, y vuelta a reiterar desde los comienzos del año corriente. Las nuevas derivaciones apuntadas por los patrocinadores del «Pacto Islámico» resultaban del todo extrañas a las conveniencias actuales de Washington. En París, los más sesudos y moderados órganos de información franceses escribían: «los honores y los cumplimientos que serán prodigados al Rey de Arabia Saudita sólo tendrán igual en la prudencia que le será recomendada... Se hará comprender a Faysal que no debe contrariar por sus iniciativas la Unidad Árabe, ni dar pretexto a que los panarabistas acusen a los Estados Unidos». Y desde Londres el *Times* aconsejaba a Washington que no se comprometiese demasiado en favor de Arabia Saudita a costa de los demás países de la región. En realidad, después de la entrevista de Johnson con Faysal, la principal declaración fue una reiteración americana de la integridad territorial saudita, declaración igual a otras hechas en tres ocasiones anteriores.

En Rabat, el Shah había llevado como objetivo esencial el de asegurarse a toda costa el concurso del Rey Hassan, puesto que la monarquía marroquí es la que goza de mayor prestigio entre los «islamitas progresistas» del Medio Oriente. Pero se encontró con una negativa cortés, a la vez que rotunda. En la conferencia de Prensa que el Shah dio al término de su visita a Marruecos, él recomendó que se apoyase la sugestión de celebrar una conferencia islámica en la cual tomaran parte los «pensadores y los hombres de religión», es decir, no los Jefes de Estados y Gobiernos.

Aparte de la rendición o capitulación verbal del Soberano persa, se produjo en Washington el ruidoso incidente de las declaraciones del Soberano de Riyad sobre el judaísmo y los judíos. Fue cuando, antes de salir para Nueva York (con el propósito de ir a la sede de la O. N. U.), el Rey Faysal declaró que su hostilidad hacia el Estado de Israel no se debía a rechazar el carácter impuesto de dicho Estado y los planes de los gobernantes sionistas, sino a rechazar al judaísmo mundial entero. Faysal dijo que consideraba como enemigos suyos no sólo a Israel y los sionistas, sino a todos los judíos que apoyan a Israel. También añadió: «Quien ofrece ayuda a nuestros enemigos es nuestro enemigo».

Dentro de la misma Norteamérica, el primer efecto de las frases de Faysal fue de escándalo en Washington y Nueva York, donde tanto influyen los núcleos israelitas. En Nueva York, el alcalde Lindsay y el gobernador Rockefeller anularon dos actos programados en honor del Rey saudita. En los ambientes de la O. N. U. se estimó que se trataba de un acto de discriminación racista.

Pero tampoco fue bien acogido entre los grupos panarábigos afectos a la Liga de El Cairo, pues éstos siempre han dicho que rechazan el Estado de Israel, pero no a los hebreos como raza, como pueblo, como núcleo religioso, ni como conciudadanos en países tales como Marruecos, Túnez e incluso Egipto. La dureza de Faysal es ajena al pensamiento oficial del arabismo, puesto que ésta tiene orígenes tan semitas como los del judaísmo.

Sobre esto fue un ejemplo anterior muy curioso el de la reunión colectiva que el 27 de mayo habían celebrado en la sede de la Mutualidad de los estudiantes palestinos en París los representantes de las diversas asociaciones de estudiantes de países árabes en Francia. Varios oradores tomaron la palabra para indicar la urgencia de convencer a la opinión pública francesa y de toda Europa Occidental de que no deben confundir la oposición árabe contra el Estado de Israel creyendo que se trata de una campaña de antisemitismo o de un rebrote a estilo hitleriano. Todos los oradores (y el texto de la declaración final) condenaron enérgicamente los genocidios contra el pueblo judío, así como las persecuciones antisemitas; pero añadieron que es injusto «reparar el mal por medio de otro mal», es decir, haber quitado su patria a los cristianos y los musulmanes palestinos para habérsela regalado a los escapados del racismo. En todo caso, los jóvenes árabes que estudian en Europa no creen que la solución palestina consista en «tirar los judíos al mar, sino en buscar el modo de que los Estados próximo-orientales combinen a sus ciudadanos de varias religiones, ampliando para los judíos las pautas que ya se siguen en El Líbano. En cuanto al hecho de que el poder total ejercido por Levi Eshkol en Tel Aviv sea abusivo (al no dar casi atribuciones a los judíos sefardíes y «orientales»), los estudiantes árabes de Europa creen no menos abusiva la monarquía hachemita de Hussein, alegando que fue creada y sigue siendo apoyada por «un poder extranjero».

La acusación a la familia hachemita, y de paso a Gran Bretaña, va acompañada de nuevas e inesperadas interpretaciones de la política del Mediterráneo Oriental y el Sur de Asia en general, durante los años que enlazaron y abarcaron las dos guerras mundiales. Tanto varios autores árabes y hebreos, como algunos comentaristas que proceden de Francia, Irlanda, etc., se sienten inclinados a creer que cuando los gobernantes de Londres hicieron en 1916 promesas contradictorias a los panarabistas y los sionistas fue para enzarzarlos deliberadamente, y que luego Gran Bretaña, al hacer de árbitro, predominase sobre unos y otros.

La rotura en varios trozos de la India, antes casi unificada, así como el

origen inglés de las peleas entre los griegos y los turcos de Chipre, han sido antecedentes invocados por esos autores recelosos que culpan a Gran Bretaña de haber creado artificialmente los odios arabo-judíos por causa de Palestina. Pero dejando a un lado el dilucidar si esa tesis está o no objetivamente fundamentada, lo cierto es que en el Oriente más inmediato aumentan las tendencias a pedir que los grandes problemas regionales e interregionales se vayan absorbiendo y resolviendo localmente; es decir, prescindiendo poco a poco de las potencias mundiales.

La actuación de la Comisión de Descolonización de las Naciones Unidas constituye ahora la mayor esperanza de la naciente corriente de opinión que preconiza las «soluciones internas» al Este de Suez. Durante las sesiones que durante la primera mitad de junio celebró dicha Comisión en El Cairo y Argel se reiteraron con especial empeño las exhortaciones para que Inglaterra evacúe los territorios que posee en Arabia del Sur y conceda el derecho de autodeterminación a las últimas zonas coloniales de la península de Arabia, según las dos decisiones de la Asamblea General de la O. N. U., con fechas del 16 de diciembre de 1963 y 5 de noviembre de 1965.

La creciente presión de las necesidades económico-sociales sobre todos los sectores geográficos que van desde las costas que dan frente a Grecia hasta las que dan frente a la India, constituye el más urgente acicate para aconsejar las actuaciones nacionales mancomunadas. Refiriéndose concretamente a la parte meridional de aquel sector (es decir, los países que tienen a Arabia como centro y se distribuyen alrededor), se ve que sus problemas más angustiosos, como son los de las distribuciones demográficas, de regadíos, de repoblación forestal, comunicaciones generales, industrialización equilibrada, sedentarización, etc., no pueden resolverse dentro de las fronteras parciales. Cuestiones como las de los riegos de las cuencas del Jordán y el Eufrates, o las de la Coordinación de las utilizaciones de ganancias petrolíferas, exigen planes de conjunto a través de fronteras en paz. Esto no se ve claro mientras subsistan los focos armados de las líneas de armisticio en torno a Israel, la lucha de las tribus kurdas al Norte del Iraq, la guerra enquistada del Yemen, la represión militar al Sur del Sudán, etc.

El Emir o Príncipe de Kuwait, Chej Sabam Es Salem Es Sabah, ha ocupado entre los meses de abril y junio una posición de primer plano entre los propulsores de acuerdos regionales; primero entre los Estados árabes y luego (si es posible) entre los árabes y los posibles cooperadores exteriores. Esta política la inició el Emir con todo empeño, desde que fue elevado al trono en

RODOLFO GIL BENUMEYA

noviembre de 1965 (sucediendo al anterior Emir, Chej Sir Abdullah Essahim). En marzo, el actual Chej hizo una visita al Rey Faysal, en abril otra al Presidente Abdel Nasser. A la vez entabló contactos con el Jefe de Bahrein. Suleiman Al Jalifa, y del 5 al 8 de junio concertó en Bagdad con el Presidente Aref varios acuerdos que enlazan las actividades de los dos países que componen la doble salida natural al Golfo Pérsico.

Lo más valioso en las actividades del Emir kuwaitiano es que es acaso el dirigente árabe menos apasionado y por eso el que inspira mayor confianza. Así, tanto la R. A. U. como Arabia Saudita han aceptado su mediación en el conflicto del Yemen, que es el de más urgente arreglo. Es un cometido en el cual el Chej no sólo tiende a procurar la retirada de las fuerzas egipcias y pro-sauditas, sino a que ante todo se tenga en cuenta el interés de salvar y elevar al pueblo yemenita, que es el menos desarrollado de los países árabes y uno de los menos desarrollados del mundo en general.

RODOLFO GIL BENUMEYA.